

Ya le llevan al suplicio,  
Y ya al castigo le llevan;  
Vióme entrar, hablóme afable;  
Pídome perdon, y fuera  
Poca piedad de mi amor,  
De mi sangre mucha mengua,  
Que no reine una piedad,  
Cuando un escarmiento reina.  
Mi esposo es muerto, Señor,  
Y cuando el Príncipe muera,  
Yo no recojo esta sangre  
Porque se derrame aquella.  
Si por mi le dabas muerte,  
Ya te pido que suspendas  
La indignacion de tu espada:  
Una piedad te lo ruega.  
Mira que segun te indignas  
A la ejecucion sangrienta  
No parece que castigas,  
Todos dicen que te vengas.

REY.

Duquesa, Infanta, Señora,  
En esta ocasion quisiera  
No ser rey por perdonarle;  
Mas será razon que adviertas  
Que queda á su indignacion  
Tu honra y mi vida sujetas.  
El que ahora humilde miras,  
Mañana con más violencia  
Del sagrado de tu casa  
Violara las nobles puertas.  
Y, como tú me dijiste,  
Es evidente sentencia  
Que dará muerte á su padre  
Quien de su hermano se venga.  
Tú cumpliste como noble  
Cuando perdonarle intentas,  
Yo ahora miro por tí:  
Y así, si mañana es fuerza  
Que ha de incurrir arrojado  
En otra mayor violencia,  
Y he de castigarle entónces,  
Me ahorro desta manera  
La pena de la otra culpa  
Dándole ahora otra pena.

CASANDRA.

Señor, ¿esa es tu piedad?  
Vuestra majestad advierta...

VOCES. (Dentro.)

¡Viva el príncipe Rugero!

REY.

Pero ¿qué voces son estas?

VOCES. (Dentro.)

¡Viva el príncipe Rugero!

REY.  
Duque, ¿que es aquesto?  
DUQUE.

Apénas

El Príncipe en un caballo  
Midió la calle primera  
Al suplicio, que en la plaza  
Determinaba su alteza,  
Cuando la plebe conjura  
Piadosamente indiscreta  
Por el príncipe Rugero  
La natural obediencia.  
Todos dicen que no puedes,  
Aunque justiciero seas,  
Dejarles sin heredero;  
Y como has oido, alteran,  
Trayéndole hasta tu cuarto  
Las pasiones y las lenguas,  
Y yo...

REY.

Tente, no prosigas.  
DUQUE.

El Príncipe en esta puerta,  
Obediente á tus preceptos,  
Tu resolucion espera.

REY.

Alli hallaréis una fuente  
Con un tafetan cubierta;  
Traedle, y decidle que éntre.

(Dícelo al Duque.)

DUQUE.

Bien puede entrar vuestra alteza.

(Vase.)

REY.

Yo sé lo que pienso hacer.

RUGERO.

Gran Señor, si tu clemencia  
Me vale...

REY.

Espera, Rugero.

Saca EL DUQUE una fuente y una  
corona cubierta con tafetan.

DUQUE.

Yo traigo lo que me ordenas.

REY.

Príncipe, escuchame ahora:  
Aquesta corona régia,  
Herencia de mis abuelos  
Y de su justicia herencia,  
Es la que sustituida  
Siempre ha estado en mi cabeza;  
El pueblo que vivas dice,

Y tambien su voz me enseña  
Que no quiere que yo reine,  
Pues deroga mi sentencia.  
Atiéndeme ahora á un medio,  
Escucha una conveniencia  
Para no ser rey en cargos,  
Para ser padre en clemencias.

(Pónele la corona.)

RUGERO.

Gran Señor, ¿qué es lo que haces?

REY.

Ponerte esta insignia régia,  
Hacer á mi amor un gusto,  
Un agasajo á mi pena;  
Tú seas rey, yo seré padre:  
Siendo sólo padre, es fuerza  
Como padre perdonarte,  
Y siendo rey, no pudiera;  
Pues siendo tú rey ahora,  
Es preciso que no puedas  
Castigarte tú á tí mismo;  
Y así, de aquesta manera,  
Siendo yo padre, tú rey,  
Partimos la diferencia;  
Yo no te castigaré;  
La plebe queda contenta:  
Yo quedaré siendo padre,  
Y tú siendo rey te quedas.

RUGERO.

Pues tú me dijiste un tiempo,  
Bien pienso yo que te acuerdas,  
No hay ser padre siendo Rey;  
Diga ahora mi obediencia,  
No hay ser Rey siendo tu hijo,  
Pues más quiero en esta empresa  
Perder el cetro y la vida,  
Que no que tu reino pierdas.

REY.

Hijo, ya estás perdonado;  
Pero no me lo agradezcas,  
Que á ser yo rey, te quitara  
De los hombros la cabeza;  
Pero padre, te perdono;  
Por mi cuenta la Duquesa  
Quedará de aquí adelante.

RUGERO.

Pues Duque, á mis brazos llega;  
Y á la duquesa Casandra  
En esta ocasion me deja  
Que los perdones le pida,  
Piadosos los cielos quieran  
Que te merezca el perdon;  
Y del Senado merezca  
Piedad para la censura  
Y aplausos á la comedia.

## EL DESAFÍO DE CARLOS QUINTO.

## PERSONAS.

CARLOS QUINTO.  
EL REY DE HUNGRÍA.  
SOLIMAN, gran turco.

EL DUQUE DE ALBA.  
EL MARQUÉS DEL BAS-  
TO.  
JUAN SEPUSIO.

ABRAIMO.  
DON LUIS DE LA CUE-  
VA.  
BUSCARUIDO.

DOÑA LEONOR.  
LUNA.  
MARI BERNARDO.

## JORNADA PRIMERA.

Sale DOÑA LEONOR, con máscara,  
y tras de ella DON LUIS DE LA  
CUEVA.

DON LUIS.

Copia de la luz primera,  
Tú, que con seguridad  
Del cuerpo de la ciudad  
Me has sacado á esta ribera;  
Y con el cubierto velo  
Que disfraza tu blancura,  
Eclipsas tanta hermosura  
Y rebozas tanto cielo:  
Puesto que ya te he seguido  
Y de Viena me has sacado,  
Dime, pues soy tu llamado,  
Si vengo á ser tu escogido.  
No es el que me trae tu ardor,  
Que aunque te sigo, deidad,  
Vengo de curiosidad,  
Y no he venido de amor:  
Y aunque viniera amoroso  
A adorar tu rostro puro,  
Ni tan fácil te aseguro,  
Ni á mí me hallo tan dichoso.  
Si es desafío, me di,  
Pues al campo hemos llegado.  
Dime, ¿por qué me has buscado,  
Y á que que me has traído aquí?  
Ya escuchar tu voz intento  
Y tu belleza adorar.

DOÑA LEONOR.

A un tiempo te quiero dar  
La voz y el conocimiento.

(Descúbrese.)

DON LUIS.

Divina prenda, Leonora,  
¿Cómo á buscarme has venido?

DOÑA LEONOR.

Diré lo que ha sucedido,  
Si me estás atento ahora.

DON LUIS.

¿No me llegas á abrazar?

DOÑA LEONOR.

Antes referirte intento,  
Que cae mejor el contento  
Cuando intervino el pesar.

DON LUIS.

¿Cómo de Liens has venido,  
Tu patria, á buscarme aquí?  
¿No estaba sitiada?

DOÑA LEONOR.

Sí;

Oye lo que ha sucedido,  
Y no intentes divertirte,  
Que ahora quiero contarte  
Desde el principio de amarte  
Hasta el fin de persuadirte.  
Era una hermosa mañana,

Quando las sombras lugubres  
Huyendo del gran planeta  
Al Poniente se conducen,  
Y el alba que le aposenta  
Borda de perlas las cumbres,  
O ya luciente las ría,  
O fatigada las sude,  
Cuando yo sobre un caballo  
Que de hipógrifo presume,  
Pues sin ajarlas, las piso  
De flores la muchedumbre,  
Sali á ensayarme en la guerra  
Con la caza, imágen útil  
Donde el corazon se anima,  
Y donde el valor se infunde.  
Tras el cerdoso animal  
Que precipitado sube  
El abrigo espeso, y grave  
De los podos y acebuches  
Con el venablo corria,  
Cuando en este impulso luce  
Que como siempre con Vénus  
Los ensayos de amor tuve,  
Al diferenciar los pasos  
Me reduce á la costumbre.  
No bien vibraba el venablo,  
Para que el brazo le pulse  
A dar diluvios de sangre  
Que el campo sediento ocupe,  
Cuando un clarín por el aire  
O me pára ó me confunde,  
Que las lisonjas de Marte  
Son de Vénus pesadumbre.  
Vuelvo á examinar la causa,  
Y advierto que se descubren  
De caballos españoles  
Dos tropas que el campo pulen  
Para que galan se vista  
De centauros andaluces.

Tú en todos, de más gallardo,  
Con haber tantos, presumes;  
Que no por la competencia  
El mérito se desluce.  
Mirástemte atentamente,  
Solté á tus ojos mis luces,  
Elevóse mi pasión  
(Todo el valor se reduce),  
Eclipses mi honor padece,  
Volcanes mi pecho incluye;  
Y aunque el confesarlo es  
Gran baja de mi lustre,  
No ande hipócrita el cuidado  
Cuando dos almas se unen,  
Porque faltara al amor  
Quien á la materia acude.  
Subiste con tus soldados  
A Viena, donde puse  
En tu presencia estos linees  
Racionales, que confunden  
La vida y la muerte á un tiempo;  
Pues cuando por ellos triunfen,  
Basiliscos de sí propios,  
A sí propios se destruyen.  
Volviste, pues, de Viena,  
Y con afectos comunes,

Pues siempre es vulgar entrada  
La que el amor introduce,  
Me obligaste cariñoso,  
Mi honor á tu pecho expuse,  
Como mujer te creí,  
Encendióse aquella lumbre  
Que áun despues de hecha cenizas  
Constante en el alma luce,  
Y escuché tu voluntad,  
Que siempre el mérito suple  
Las circunstancias del trato,  
Y con nuevas inquietudes  
Quedamos los dos á un tiempo,  
Tú puesto á las servidumbres,  
Yo al premio de tus cuidados:  
Fuiste a Viena, y yo fuime  
A Liens, mi patria; y los dos  
En ese monte, que escupe  
Por tantas bocas de piedra  
Cristales que el campo usurpe  
Nos hemos visto mil veces;  
Y porque el amor le ayude,  
De los más finos afectos  
Fingimos ingratitudes.  
Seis dias há que no te he visto,  
Seis dias há que el cielo cubre  
De genizaros y turcos  
Esos campos y esas cumbres;  
Y aunque te he venido á ver  
A un riesgo grande me expuse,  
Y por la senda encubierta  
Que aquella montaña cubre,  
Sin que yo misma me hallase,  
Hice que á los turcos burle  
Este Pegaso de nieve,  
Emulacion de las nubes.  
Liens, mi patria, está cercada;  
Viento, que en las hojas cruje;  
Rosa, que es joya del prado;  
Ave, que el viento discurre;  
Arbol, garzota en la selva;  
Clavel, del alba presume;  
Clicie, que al sol enamora;  
Cristal, que las peñas bruñe:  
Este no queda en el campo  
Sin que enemigos le chupen;  
Arbol, sin que le destronquen;  
Ave, sin que la atribulen;  
Rosa, sin que la marchiten;  
Ni Clicie, sin que la turben;  
Clavel, sin que le deshojen;  
Ni viento, sin que le ocupen.  
Quinientos mil combatientes  
Trae Soliman, y presume  
Asaltar, si Liens le falta,  
Esas murallas azules.  
Flechas dispara que al viento  
Sus corvos arcos sacuden;  
Al caer en la ciudad  
Tan espesas se conducen,  
Que parece cuando llegan  
Que las arrojan las nubes;  
Tormentas padece Liens;  
No hay pecho que no se turbe,  
Animo que no se encoja,





SOLIMAN.  
Serán los tres  
Que vienen á hablar conmigo;  
Bien pueden llegar; y tú  
Te retira al campo mio.  
LUNA.  
Haré, Señor, lo que mandas. (Vase.)  
JUAN.  
¡Oh, quiera el cielo benigno  
Que llegue ya mi venganza!  
SOLIMAN.  
Aquí te queda, Abraimo.  
ABRAIMO.  
En medio de los dos campos  
Están ya los enemigos.  
Salen CÁRLOS QUINTO, EL REY Y  
DON LUIS, y el Emperador se queda  
al paño.  
CÁRLOS.  
Llegad vos, Fernando, á hablarle,  
Que aquí no hay ningún peligro;  
Yo he de oír á Soliman  
Desde esta parte escondido.  
SOLIMAN.  
Alá te guarde, Fernando,  
Hermano de Carlos Quinto.  
REY.  
Guárdete Dios, Soliman.  
DON LUIS. (Ap.)  
Cielos, á Leonor he visto  
Presa en el campo contrario;  
A mi fortuna maldigo.  
SOLIMAN.  
Don Fernando, yo presumo  
Se te olvida mi apellido;  
Yo me nombro el gran Señor,  
Y Emperador no vencido,  
El dueño de dos esferas,  
Y de dos mundos prodigio.  
REY.  
Y yo soy Rey de romanos,  
Y es mi hermano, y no lo he dicho,  
Emperador de Alemania  
Y azote del enemigo.  
SOLIMAN.  
Yo soy sólo emperador  
Por derecho sucesivo;  
No hay quien merezca ese nombre  
Sino yo, que le he tenido  
Por herencia y patrimonio  
Del gallardo Constantino  
Emperador; ¡vive Alá,  
Que esto sufra!  
CÁRLOS. (Ap.)  
¡Esto he sufrido!  
SOLIMAN.  
¿Cómo no viene á Viena  
Ese Carlos vengativo?  
¡Y cómo, Fernando, os deja  
Hoy en tan grandes peligros?  
Bien hace de no venir.  
CÁRLOS. (Ap.)  
Ya no he de poder sufrirlo.  
SOLIMAN.  
Que yo lo dijera á Carlos...  
Sale CÁRLOS.  
CÁRLOS.  
¿Qué decis de Carlos Quinto?  
SOLIMAN.  
Señor, vuestra majestad...  
CÁRLOS.  
Sí, Soliman, yo he venido  
A defender á mi hermano

Y á ensalzar la fe de Cristo;  
Esto es lo que debo hacer.  
SOLIMAN. (Ap.)  
Helado mármol me animo:  
Nombrado me daba asombros,  
Y ahora desmayos visto.  
CÁRLOS.  
Soliman, emperador  
Generoso y siempre invicto,  
Valiente, siendo galán;  
Sin ser soberbio, atrevido;  
Sin codicia, poderoso;  
Y sin avaricia, rico;  
Señor del Africa y Asia.  
Horror del persa y del indio  
(Que yo hablo como quien soy,  
Aunque hablo con mi enemigo);  
¿Quereis dejar en su reino  
A Fernando, hermano mio,  
Pues os dejo yo en los vuestros?  
SOLIMAN.  
Ya no puedo, ya he cedido.  
CÁRLOS.  
Pues adios, gran Soliman. (Vase.)  
SOLIMAN.  
Pues adios, gran Carlos Quinto.  
REY.  
Juan Sepusio, gran Baiboda,  
Pues por nosotros ha sido  
Esta guerra, remitamos  
El duelo á nosotros mismos;  
Quede este reino en poder  
Del que al otro haya vencido;  
No por nosotros se pierda,  
Que es crueldad, sobre delito,  
Que padezcan dos monarcas  
Lo que nosotros hicimos.  
Pelemos en campaña;  
Los dos reyes sean padrinos,  
Y quede con el imperio  
Aquel que quedare vivo.  
JUAN.  
Yo he traído á Soliman,  
Y él por mi causa ha venido.  
Ya esta causa no es mi causa,  
Esto no está ya en mi albedrío.  
REY.  
¿Luego no quereis salir?  
JUAN.  
Fernando, ya he respondido.  
REY.  
Por ley de herencia y valor  
Viene á ser el reino mio.  
JUAN.  
Cobrarále Soliman.  
REY.  
Son los cielos más benignos.  
JUAN.  
Esto es valor.  
REY.  
Es venganza.  
JUAN.  
A cobrar mi cetro aspiro.  
REY.  
Por ti está la Cristiandad  
Hoy en tan grande peligro.  
JUAN.  
Yo defendiendo mi derecho.  
REY.  
Yo he de defender el mio.  
JUAN.  
Daráme el cielo victoria.  
REY.  
Daráte el cielo castigo.

## JORNADA SEGUNDA.

Descúbrese CÁRLOS en su tienda.

CÁRLOS.  
Aquí en mi tienda, aquí en esta ribera  
A donde todo el año es primavera,  
Y adonde aquella fuente bulliciosa  
Busca el mar cristalina mariposa;  
Ahora, que la antorcha más luciente  
Se ha apagado en las aguas de Occi-  
[dente,  
Y el lucero de Vénus, diosa bella,  
El cielo va encendiendo estrella á es-  
[trella;  
Ahora, que la tierra se ha enlutado,  
Que el sol, planeta ardiente, se ha  
En los golfos mayores, [mareado  
Y hasta que vuelve en sí todo es hor-  
[rores;  
Ahora, que la rosa [rores;  
Está acostada en su capilla hermosa,  
Y sumiller la Aurora, por divina  
Le corre á la mañana la cortina;  
Ahora, pues, que todos mis soldados  
Al sueño se han rendido de cansados,  
Con devoción y con piadoso celo  
Quiero dar este rato al claro cielo.  
Carlos habla con vos, Cordero afable;  
Dadle auxilios á Carlos, porque os  
[hable;  
Hoy prevengo á mi brazo aquesta glo-  
[ria,  
Y la honra vuestra está en esta victo-  
[ria;  
Y aunque la fe no puede, no, vencerse,  
Puede al menos, Señor, oscurecerse.  
¡Ay, triste de mí! ¡Ay, triste,  
Que en mi gobierno vuestro honor  
[consiste!  
Mi ejército, Señor, está sin paga,  
Porque se satisfaga  
Socorrerle primero,  
Pues vos sois mi seguro tesoro.  
Si en el cielo divino á vuestro lado  
Se amotinó vuestro mayor soldado  
Siendo espíritu puro,  
¿Qué hará, pues, el soldado mal segu-  
[ro  
En aquesta aspereza, [ro  
El dinero de España no ha venido,  
El cerco por instantes ha crecido,  
Y mi ejército crece;  
Y aunque Carlos, Señor, no lo mere-  
[ce,  
Merezcalo el que llega satisfecho [ce,  
A poner á la muerte el frágil pecho  
Por la fe solamente,  
Mucho más de cristiano que valiente;  
Socorro á mis soldados, Cristo mio,  
Vos le daréis, Señor, de vos lo fio;  
Muera el soldado de la herida fiera  
Y de mal socorro no se muera.  
Ya hay socorro, soldados, Dios le ha  
Ya ha llegado el socorro. [dado,  
Salen EL DUQUE, BUSCARUIDO Y  
MARI BERNARDO.  
DUQUE. Ya ha llegado.  
CÁRLOS.  
Duque de Alba, ¿qué decis?  
DUQUE.  
Generoso, invicto Carlos,  
Monarca de dos imperios  
Y de dos esferas rayo,  
Vuestro ejército valiente  
Sobre la falda albergado  
De esa ciudad, cuyos muros  
De incontrastable peñasco  
Tanto suben, que embarazan

CÁRLOS.  
Ahora que ya le tengo  
El cielo llueva africanos,  
Y de genizaros fuertes  
Se cubran montes y prados.  
A mí me importara ahora  
Saber el intento extraño  
De Soliman en el cerco;  
Si ahora hubiera un soldado  
Que aquí me trajera un turco  
Me hiciera un grande agasajo.  
BUSCARUIDO.  
Aquí Buscaruido está,  
El que sólo anda buscando  
El ruido de hacer un hecho  
Más que una nariz sonado.  
Yo traeré el turco y los turcos  
Que se hallaren más despacio  
Para que yo les obligue  
A que vengan á obligaros.  
Traeré la casa de Meca,  
Todo el linaje otomano,  
Y el zancarrón de Mahoma  
Para echarse á tus galgos.  
Traeré...  
MARI BERNARDO.  
Tente Buscaruido;  
Señor, si yo no le traigo,  
Es señal que no habrá turcos  
En todo el campo contrario.  
Yo traeré el turco primero  
Que me hallare más á mano,  
Y traeré, si no lo encuentro,  
Turco que aun no esté engendrado:  
Traeré al mismo Soliman.  
BUSCARUIDO.  
El Soliman he pensado  
Que para tu mala cara  
No te ha de hacer mucho daño.  
MARI BERNARDO.  
Mientes, infame gallina.  
CÁRLOS.  
A vos, soldado, os encargo,  
Que traigais aqueste turco.  
BUSCARUIDO.  
El demonio me ha engañado;  
Con condicion, que no ha de ir  
Conmigo Mari Bernardo.  
CÁRLOS.  
No vaya nadie con vos.  
MARI BERNARDO.  
Iréme por otro lado,  
Pues aunque con él no vaya,  
Lo mismo que él hace, hago.  
BUSCARUIDO.  
Yo obedezco.  
MARI BERNARDO.  
Yo me voy;  
Pero se ha de ir el bellaco  
Sin que yo vaya con él?  
BUSCARUIDO.  
Que el cielo me haya librado  
De aqueste demonio á latere!  
MARI BERNARDO.  
Que lo haya mandado Carlos!  
BUSCARUIDO.  
Aquesta vez me voy solo.  
MARI BERNARDO.  
Esta vez no le acompaño;  
Mas yo le acompañaré  
Todo lo que ahora falto.  
Salen EL REY Y EL MARQUÉS.  
REY.  
¿Está aquí su majestad?

DUQUE.  
Aquí está.  
REY.  
Señor.  
CÁRLOS.  
Hermano,  
¿Qué quereis, Fernando amigo?  
¿Qué es esto, marqués del Basto?  
REY.  
Señor, que Abraimo, turco,  
De paz al campo ha llegado;  
Dice que te quiere hablar.  
CÁRLOS.  
Decid que éntre, y vos sentaos.  
MARQUÉS.  
Llegad, valiente Abraimo,  
A hablar con el Quinto Carlos.  
Sale ABRAIMO.  
ABRAIMO.  
Guárdete Alá, Carlos Quinto,  
Monarca de cuyo aplauso  
El correo de los tiempos  
Lleva la nueva á los años.  
(Turbado el pecho le miro.  
¿Qué severo! ¡qué gallardo!)  
Señor (con temor esoy),  
Señor (venia este caso  
Para que la lengua turbe,  
Y el valor sufra embarazos),  
Perdonaréisme, Señor,  
En lance tan temerario  
La licencia de afligido  
Por la obediencia de enviado.  
Del gran turco, Soliman,  
Aqueste papel os traigo.  
CÁRLOS.  
¿Para un papel, tan confuso!  
¿Para un papel, tan turbado!  
Dadme el papel.  
ABRAIMO.  
Y la vida  
A vuestras manos consagro.  
CÁRLOS.  
(Ap. Algun secreto misterio  
Este papel ha encerrado;  
El corazon en el pecho  
De cólera me da saltos.  
¿Turbarse el turco al traerle!  
¿Avisarme que es vasallo!  
¿Si algun veneno cruel  
Me envia en él disfrazado?  
¿Abriréle? Pero no,  
Porque desta duda salgo  
Con dársele á que le lea  
El mismo que me le ha dado.  
¿Mas yo he de tener temor?  
Yo me resuelvo, y le abro:  
Ábrole en nombre de Dios  
A quien mis hechos consagro.)  
(Lee.) «Yo he venido de Constanti-  
noplá á Viena, á entregar este reino á  
Juan Sepusio; y hechas las reseñas, le  
llevo á V. M. cuatrocientos mil hom-  
bres de ventaja; no quiero que se  
cuente el exceso con la victoria, sino  
mi valor en mi atrevimiento; esta ba-  
talla se remita á dos emperadores: el  
uno será Carlos Quinto, y yo, Soliman;  
espero á V. M. en el arroyo que divide  
los dos ejércitos, mañana á las diez,  
solo, sin más armas defensivas que una  
rodela, ni más ofensivas que una es-  
pada.—Soliman, emperador de Cons-  
tantinoplá.»  
¿Grande es su valor, por Dios!  
Confieso que me he admirado.

La region del aire vago;  
Viéndose sin paga ayer,  
Por instantes esperando  
La ruina de la hambre  
Y de la sed el estrago,  
A voces piden socorro;  
Pero no se amotinaron,  
Que os deben mucha obediencia  
Los que son vuestros soldados.  
El socorro, ó la batalla  
Pedian, que puesto caso  
Que el bastimento les falte,  
De hambrientos ó encarnizados  
Quieren hacer alimento  
De corazones contrarios.  
Dar la batalla, Señor,  
Era arruinar los Estados,  
Que vos no buscais al turco,  
Antes bien sois el buscado.  
En fin, aquel sustituto  
De Dios, que al cetro romano  
Rige, preside y gobierna  
Con auxilios soberanos,  
Envió á Hipólito de Médicis,  
Su sobrino, cuyos años  
Parecen los del consejo  
Sin llegar á veinte y cuatro;  
Trae el dinero del Papa,  
Y trae ocho mil caballos  
Que á su costa ha de ocupar;  
Y por estandarte un sacro  
Dibujo de Cristo muerto,  
Por cuyo abierto costado  
Viene á dar en sangre suya  
Socorros más necesarios.  
Gallardo es el cardenal,  
Estas cartas me ha entregado  
Del Pontífice, su tío:  
El sobrescrito es á Carlos,  
La piedad es como suya,  
El celo, como esperamos:  
De muy valiente el ardor  
Y el brio de gran soldado.

CÁRLOS.  
Dadme esas cartas al punto:  
¿Con qué contento las abro!  
(Lee.) «A Carlos Quinto, por la gra-  
cia de Dios, Emperador de Alemania,  
mi obediente hijo, salud.»  
El título de mis reinos  
Juzgo que se le ha olvidado;  
Mas si me llamó obediente  
Y su hijo me ha nombrado,  
Ser obediente es más cetro,  
Ser su hijo blason más alto.  
(Lee.) «Para ayudar á V. M. en tan  
justa guerra, envío á mi sobrino Hipó-  
lito de Médicis, con ocho mil caballos  
que á su costa servirán. De limosna he  
juntado entre mis eclesiásticos un mil-  
lon que lleva; espero en Dios que  
triunfará V. M. de sus enemigos, y á  
mi me perdonará no poderle ayudar  
con más gente. Dios guarde á V. M. pa-  
ra cimiento de nuestra fe católica.—  
Clemente.»

¡Oh, cómo se echa de ver  
Que ordena Dios este caso,  
Pues con su mayor amigo  
Me socorre mis trabajos!  
Si con Dios Clemente priva,  
Es evidente y es claro  
Que lo que el Rey no quisiera,  
No ejecutara el privado.  
Duque de Alba, ¿cómo haremos  
Para que sepa el contrario  
Que tengo dineros ya?  
DUQUE.  
El dinero es gran soldado.